

Transitó todos los géneros, incluyendo el científico, leyó todas las bibliotecas, incluyendo las extranjeras, pero en la magnificencia de su cerca de cien libros, don Arturo Capdevila desarrolló en distintas modulaciones un mismo tema. Un tema tejido por él en torno de dos o tres ideas por las cuales vale la pena estudiar, quemarse las pestañas, y realizar una obra continua, constante y apasionada. Porque si algo caracterizó al hacer de don Arturo Capdevila es, precisamente, una idea fija inserta en su obra, atalayada desde su juventud y llevada después a un desarrollo monumental: la de que toda la ciencia y el arte de los hombres está inscripto en algunas viejas formulaciones del Oriente, a las que hay que comprender y respetar. Eso lo supo en su libro inicial, *"Jardines solos"* aparecido en su amada Córdoba natal por el año de gracia de 1912. Pero lo dijo con mayor fuerza y con esplendor en su segundo primer libro (válganos la paradoja que de alguna forma ubica a este poemario formidable, saludado a su hora por el genio multisecular de don Leopoldo Lugones): *"Melpómene"*. Poemario firme, escrito a partir de un desolado sentimiento por la muerte de sus padres, *"Melpómene"* contiene la tremenda invocación fatalista, que sin embargo no alcanza a eclipsar una profunda, una inalterable confianza del poeta en la posibilidad redentora del alma humana. Desde el comienzo majestuoso de su *"Pórtico"*, el poemario es así: *"Melpómene, la musa de la*

tragedia viene/ ah y esta noche el viento no sé que ritmo tiene/ solemne, doloroso . . ." Llega luego el **gurú** oriental con el mensaje. Pero en medio de todo hay una espléndida resignación cristiana. Es decir, que Arturo Capdevila ha sabido trasladar a nuestro **hoy, aquí** las eternas variantes multiseculares de la civilización.

Después, toda su obra fue por ese mismo estilo. Apenas graduado de abogado, juvenilmente, ya avistó un algo que se le había escapado a los más doctos juristas: las relaciones que nuestro derecho tiene con el derecho de Oriente, recibidas a través de Roma. Y las dijo en **Dharma**, esto es, en la exposición meticulosa del oriente jurídico.

Prosigió más adelante con otros libros de poesía que llegaron poblados de fábulas inmortales, entre las cuales el poema de Nenúfar y la figura de Simbad dieron motivo y título a muchas de sus páginas. Pero si Capdevila quiso significar los ecuménicos de nuestra cultura con la cultura universal, también se dio a una paciente y admirable tardea de **reargentinizar lo argentino**. *"Los Romances Argentinos"*, los *"Poemas de ¿Quién vive? ¡La Patria!"*, *"La Dulce Patria"*, *"Córdoba Azul"*, *"Córdoba del Recuerdo"* y muchos otros, trajeron la encendida masa cívica que don Arturo Capdevila tuvo siempre a su disposición, como una verdadera figura arquetípica. Y fue también en sus innumerables libros de historia, en los que se propuso rea-

lizar, con los elementos brindados por la realidad nacional y por su afanosa búsqueda en los archivos, lo que adoctrinaba aquel pensamiento impar de Michelet: la historia ha de ser una resurrección de la carne si es que, en verdad, quiere ser algo. Y se propuso esa resurrección sin abandonar ni por un momento, en una rara simbiosis vincular, todo lo que de científico y técnicamente perfecto debe poseer la Historia. Así surgieron sus grandes figuras sacadas de los archivos, pero también traídas a un proscenio en el que parecen dialogar con el lector. Las humanizó. Las hizo sentir nuestras. Las puso al alcance de nuestra mano. Y las novelas históricas, y sus finas indagaciones psicológicas en el alma de los hombres. Y tantas cosas más, que uno se pregunta de dónde sacó tiempo y energías este cordobés singular, verdadero hombre del renacimiento argentino, que comprendió que para que la Patria fuera verdaderamente grande, hacía falta instalarse un sentido de grandeza... En su última etapa se dedicó a la ciencia. A la medicina, mejor dicho. Para realizar sus investigaciones con ejemplar seriedad, comenzó inscribiéndose en las filas de la Facultad porteña; y allí iba él, cargado de tareas y de gloria, candidato al Premio Nóbel, a mezclarse con los muchachos veinteañeros que recibían sus primeras lecciones acerca de la anatomía del cuerpo humano... pero eso no fue todo. Lo que en realidad siguió adelante, fueron sus investigaciones prandiológicas.

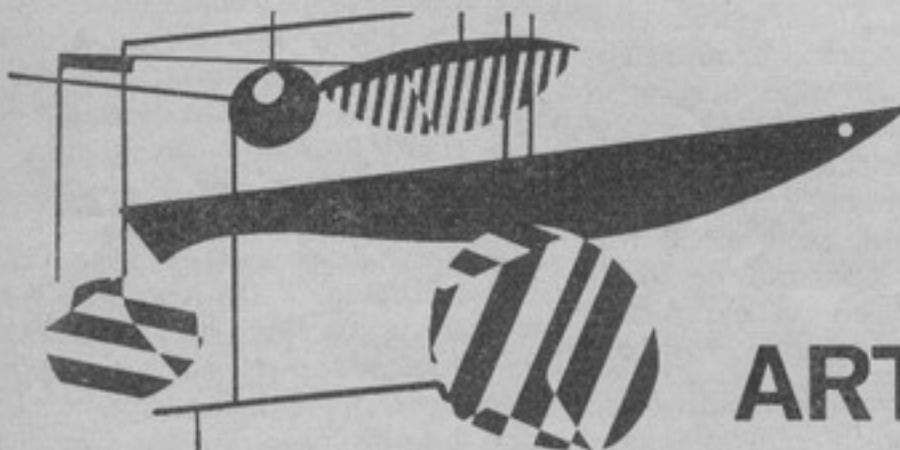
cas profundas. Y nueve libros dieron fe, tanto de su continuo investigar como un hombre de ciencia verdadero, de su continua lectura en los libros clásicos de la humanidad, a la espera de ese rastro bíblico sobre la enfermedad actual. Don Arturo Capdevila —él rehuía el **doctor** que le quedaba chico a fuerza de ser **docto**— también se ocupó constantemente de la purificación del idioma, y el castellano de todos los tiempos, aparte de varios libros exemplares, le debe la incorporación de un nuevo significado de la palabra **hombre** al diccionario de la Real corporación madrileña. Don Arturo Capdevila falleció, pero vive en su esencial condición de hombre que tiene su obra, y

que él mismo anheló en una vieja estrofa suya: “**¡Rompedme mi corona, si la tengo! / Arda mi sed en amistad humana / y algo sepa mi ciencia de los hombres / aunque no sepa de los dioses nada...**”

LOS PREMIOS DE LA OEA

Un argentino —Luis Ricardo Furlan— obtuvo el primer premio de la Organización de los Estados Americanos, en el concurso destinado a exaltar la figura de Rubén Darío. También otra Argentina —Graciela de Sola— obtuvo una mención en el mismo. El certamen convocaba a todos los poetas de países integrantes de la Organización de los Estados Americanos, con

un jurado integrado por dos profesores de literatura latinoamericana a nivel universitario, presidido por Rafael Squirru, director del Departamento de Asuntos Culturales de la OEA. La obra, que será publicada en breve, fue dividida por Furlan en cinco cantos y tiene un total de 160 versos. Furlan es un poeta eglógico y esencial, en el que priva, asimismo, un tono elegíaco. El canto quinto de este poema que llena de gozo a los argentinos, dice así: “**Digo que sí, que todavía vive, / como un idioma nuestro interminable / entre las ceremonias. / Más cerca / y alegórico / y azul imaginero, siempre. / La pulpa, siempre. / La piedra siempre. / Siempre / don Rubén de Amerindia.**” □



ARTES PLÁSTICAS

Juan Horacio Safons

APROXIMACIONES AL ARTE DE VANGUARDIA

Lo primero: no excluir

Cuando el espectador se acerca a una obra de arte, se limita a indagar en relación con sus propios antecedentes culturales. Comprueba así la certeza de sus opiniones y la racionalidad de sus juicios; lo sostiene el andamiaje lógico, el análisis concep-

tual. Las cosas y los hechos deben ser razonables, ese es el valor superior que rige al ser pensante, si no ni son cosas, ni son hechos, son fantasías.

Sin embargo, la defensa de **esa racionalidad** es imposible para la correcta ubicación del hombre en general y del arte en particular, en tanto omite aspectos significativos y constituyentes de la realidad, al ignorar el mundo de las expresiones que bebe en la fuente permanente del instinto y la irracionalidad y el de lo imaginario, que surge de la re-

lación activa con la realidad. Le decimos esto: si al razonar usted excluye lo que no le gusta, lo que le ofende o le molesta, usted razona mal, no asume la realidad, en el mejor de los casos, la minimiza, se engaña por omisión. Usted practica así **esa racionalidad** parcial que le impedirá aceptar lo imaginario y lo fantástico que toda obra de arte tiene como realidad y se enojará entonces con el artista, en lugar de enojarse consigo mismo. Le decimos esto: el razonamiento sólo es certero y capaz de